

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2 . º É P O C A

Año 1952 - Número 53



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

EJEMPLAR NÚM. 531



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN.

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.^a Época
Año 1952



Tomo XVI
Núm. 53

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1952

MAYO - JUNIO

Núm. 53

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excm. Diputación Provincial.—Don Cristóbal Bermúdez Plata.—D. Angel Camacho Baños.—D. Eloy Domínguez Rodiño.—D. Carlos García Oviedo.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Francisco Ruiz Esquivel.—D. Federico Villanova Hoppe, Secretario de la Excelentísima Diputación Provincial.—Director: Don Luis Toro Buiza.—Secretario: D. José Andrés Vázquez.

SUMARIO

ARTICULOS ORIGINALES

Págs.

- Aurelio Alvarez Jusué.—*Ordenación jurídica y judicial dada a Sevilla por el Santo Rey Fernando de Castilla y León* 177
- Arturo Graff.—*Los Navegantes* (Poema dramático, traducido del italiano por Miguel Romero Martínez)..... 207
- Brígido Ponce de León Almazán.—*La Química en la Real Sociedad de Medicina de Sevilla (III)* 233

MISCELANEA

- Francisco López Estrada.—*El Centenario de los Reyes Católicos en Sevilla* 259
- Hipólito Sancho de Sopranis.—*Los Reyes Católicos y la obra portuguesa en Africa*..... 267
- José Andrés Vázquez.—*Camino de Eldorado por cualquier parte*..... 273
- Vicente Romero Muñoz.—*Extranjeros en la Sevilla de San Fernando*. 277
- *** *Concursos de la Excm. Diputación (Patronato de Cultura)*..... 281
- LIBROS: Varios 283
- CRÍTICA DE ARTE: Antonio Sancho Corbacho.—*Pintura y Escultura* 293
- CRÓNICA: El Cronista Oficial de la Provincia.—*Mayo-Junio, 1946*..... 297

ALFONSO P. RIVERA



CAMINO DE ELDORADO POR CUALQUIER PARTE

Voltaire, que llegaría a ser el «monstruo de la impiedad» para que se cumpliera el vaticinio de su profesor el Padre Lejay, muy bien pudiera alcanzar también el título de «campeón del error geográfico», a juzgar por el disparatado itinerario que hizo recorrer desde Lisboa a Cádiz a tres de sus personajes novelescos.

Que se sepa, jamás estuvo Voltaire en la Península, pero esta ausencia no impidió a su imaginación situar aquí algunos personajes y hacerlos viajar desde el Oeste al Sur en desatinados vaivenes que siempre hemos deseado explicarnos. Con intentarlo otra vez, nada nuevo vamos a añadir a la celebridad del famoso filósofo cultivador de los sarcasmos heréticos, pero nadie nos podrá discutir nuestro legítimo derecho a examinar el flagrante caso de ligereza literaria que supone el uso de la geografía con tanta libertad como incongruencia. Y si a ese invocado derecho añadimos el deber de velar para que sobre el nobilísimo suelo andaluz no se cometan disparates ni injusticias, fácil será hallar la justificación de esta salida con la palmeta en alto, siquiera el palmetazo sea tan simple como tardío. Pero nunca es tarde para que la dicha sea buena, ni tampoco para que pierda eficacia aleccionadora la intención mejor.

Lo cierto es que el autor del conocido cuento filosófico intitulado *Cándido o el optimismo*, hizo cruzar el suelo hispánico desde Lisboa a Cádiz a tres de sus personajes, a saber: el propio *Cándido*, discípulo del *Doctor Pangloss*; la hermosa *Cunegunda* y la *Vieja* caritativa que consoló a aquél—según frase de Voltaire—en nombre de «Nuestra Señora de Atocha, el señor San Antonio de Padua y el señor Santiago de Compostela», de los doscientos azotes que se sirvieron darle los inquisidores en el auto de fe que los sabios de Coimbra consideraron oportuno hacer en Lisboa para conjurar los estragos de los terremotos.

El viaje de esos personajes se promueve precipitadamente por graves motivos que importa recordar aquí para justificación de la urgente

escapada. Y bueno será que este recuerdo lo suscitemos libro en mano de cualquiera buena edición del famoso *Cándido o el optimismo*: creemos que nuestros lectores no recusarán la excelente de L. Charavay et H. E. Martín, estampada en París en 1899. Cándido mata al Inquisidor general y al judío Isacar—frecuentadores de la amistad de Cunegunda— y huye con ésta y la Vieja temeroso de la pena de muerte que de seguro le impondría el riguroso Tribunal del Santo Oficio, por una parte gozoso de contar un judío menos, pero inconsolable por la otra con el asesinato del Inquisidor general. La fuga se realiza a favor de la noche en tres caballos andaluces que, con sillas y frenos, tenía Cunegunda en sus caballerizas... Si no es por esta previsión, no sabemos qué otro recurso hubiese empleado el autor del cuento filosófico para sacar de Lisboa a los comprometidos personajes, que le tienen que durar en la fábula hasta su completo desarrollo convencional.

En la primera jornada recorren los personajes nada menos que diez y seis leguas, o sea, la distancia que media entre Lisboa y Badajoz, según Voltaire. Es más largo el camino, mucho más largo, pero esto le tiene sin cuidado al autor. Con todo nos parece excesiva la distancia, a pesar de la resistencia de los caballos andaluces. En fin: que salieron de Lisboa Cándido, Cunegunda y la Vieja por la mañana y llegaron a Badajoz por la noche. Al día siguiente, sin más contratiempo que a Cunegunda le roben el dinero y las alhajas, dan con sus huesos en Aracena. Esta segunda jornada es nada menos que de veinticinco leguas, gracias a los prodigiosos caballos andaluces y a la prisa que el autor tiene por ver en Cádiz a sus personajes. En Aracena ocurren cosas extraordinarias, como verá el que leyere.

La hermosa ciudad serrana, si no está «en mitad de los montes de Sierra Morena», como asegura Voltaire, se halla al extremo más occidental de la cordillera Mariánica; tenía mesones—y los tiene aún—, como cualquier pueblo que se estime en algo, y, cierto de ello, metió en uno el cuentista a sus personajes. Allí se lamentan éstos del estado indigente en que les dejó el robo de que fueron víctimas en Badajoz, y, para salvar la penuria, deciden vender uno de los caballos, que, efectivamente, le compra, muy barato por cierto, el prior de los frailes benitos. Este prior podía ser muy bien el del convento inmediato al mesón, si en vez de hacerle Voltaire benedictino le hubiese hecho carmelita, porque, frente a la posada, en la misma vieja calle antaño de los Mesones, tenían los Padres del Carmelo descalzo su residencia y su iglesia—ésta perdura—, que aún da nombre al mesón, hipotético para Voltaire, pero de tangible existencia en la realidad. Lo que ignoraba el autor de *Cándido*—no todo lo saben los sabios—es que al lado del mesón del Carmen estaba la Casa del Santo Oficio, de lo cual da fe todavía, a la vuelta de la esquina, el ventanal, ornamentado de talladas piedras. De saberlo, no hubiese detenido Voltaire tan cerca de la Inquisición a unos personajes

que le iban huyendo. Tampoco Cándido, Cunegunda y la Vieja diéronse cuenta y se dedicaron a gustar los ricos productos del país, de que había pródidas muestras succulentas colgadas de las alcayatas de los techos del mesón para que el humo de la gran chimenea de campana los tuviese en sazón: morcillas de miga, chorizos de magro, cañas de lomo, embuchados, morcones y jamones enjutos. Tentados estuvieron los fugitivos de quedarse en Aracena, aceptando aquellas maravillas gastronómicas como si fuesen las del verdadero país de Eldorado que más tarde hallaría Cándido, pero decidieron irse a Cádiz, para embarcar hacia América, antes que se agotase el dinero percibido por la venta del caballo. Así y todo, el jamón les tentó bastante y se gastaron con él muchos maravedís.

Era el jamón cantado por Baltasar del Alcázar después de gustarlo en este mismo mesón:

Tres cosas me tienen preso
de amores el corazón:
la bella Inés, el jamón
y berenjenas con queso,
Alega Inés su beldad;
el jamón, que es de Aracena;
el queso y la berenjena,
su española antigüedad.

Y también lo alabó el Fénix de los Ingenios, Félix Lope de Vega Carpio, para burlarse finamente del docto Arias Montano:

Jamón presunto de español marrano
de la famosa sierra de Aracena,
donde huyó de la vida Arias Montano.

En consecuencia: que si Voltaire llega a saber de este jamón, habría ido a Aracena con sus personajes y allí se hubiesen quedado todos para siempre, con el fracaso irremediable de los sarcasmos heréticos, que, no obstante, permitían al incrédulo filósofo descubrirse desimuladamente cuando sentía pasar el Viático...

Por lo que a nosotros respecta, de aquí no debiéramos pasar. Nos interesa este mesón, no sólo por sus jamones —todo hay que decirlo—, sino también por su historia. No se hospedarían en él los personajes volterianos que sólo existieron en la imaginación del novelista; pero ya es interesante que el irreverente monstruo lo intuyese como escenario para uno de sus episodios novelescos... mas es cierto en absoluto que estos techos cobijaron —y alimentaron— al séquito de reyes y magnates y muy especialmente al del monarca don Felipe II, que, camino de la Peña de Alájar, donde estaba Arias Montano, se detuvo en la villa para

descansar y conversar con la virtuosa y sabia sor María de la Concepción, tía de la venerable Madre Trinidad, la religiosa serrana, fundadora y poetisa.

Baltasar del Alcázar fué pupilo de este mesón insigne —templo excelente para venerar a la «morcilla, gran señora»— muchas temporadas de buen aliño chacinero. Y el ingenioso hidalgo D. Miguel de Cervantes Saavedra, aquí paraba cuando venía de Sevilla en busca de su pío protector el señor duque de Béjar y marqués de Gibraleón, que solía veranear entre las frondas de su afincamiento serrano.

Nos quedaríamos, sí, en el mesón del Carmen para saborear todas las evocaciones y... el jamón, pero es que el viaje de Cándido, Cúnegunda y la vieja se hace desde aquí más sorprendente y complicado; y esto nos obliga a seguirles para ver cómo se desenvuelven en el disparatado itinerario que Voltaire les señala.

Con un caballo menos y no sabemos si el miedo a los perseguidores reducido un tanto por el optimismo del jamón serrano, Voltaire envía a sus personajes desde Aracena a Lucena... No es de creer, por muy poco respeto que el autor de *Cándido* le tenga a la geografía, que esta Lucena sea la hermosa y remota población de la provincia de Córdoba, por lo que nos decidimos a creer que se trata de Lucena del Puerto, villa situada entre Bonares y Moguer, a pesar de que el disparate también es notorio: pues no se comprende la razón de un retroceso en el camino, un descenso desde la sierra a la marisma y un alargamiento de distancia, cuando lo mejor hubiera sido seguir adelante y salvar enseguida, con la pujanza de los briosos e infatigables caballos andaluces, las dieciséis leguas que median entre Aracena y Sevilla para seguir luego hacia Cádiz en otra etapa y dar fin del viaje terrestre. Pongamos que el error obligó a los sufridos caballos a recorrer tres o cuatro veces mayor distancia y por unos caminos verdaderamente extraños. De Lucena del Puerto pasaron los fugitivos a Chilla, un lugar cercano a Villamanrique... ¿Lo adivinó Voltaire? ¿En qué mapa itinerario lo vió? De Chilla se fueron a Lebrija y desde Lebrija a Cádiz, ya pueden los pacientes lectores suponer con qué trabajos y dificultades, pues el caminar por la marisma, recorrer el Coto de Doñana y atravesar el Guadalquivir no son faenas hacederas así como así. Es de suponer que Voltaire sintiese miedo de hacer pasar a sus personajes por Sevilla y soslayó el posible peligro sometiéndoles a un rodeo tan absurdo como cruel.

En fin, quede aquí constancia de estos disparates perpetrados sobre el noble suelo andaluz y Dios sea clemente con su perpetrador, célebre filósofo y geógrafo lamentable. Por nuestra parte bien quisiéramos que sólo éstos fueran los errores —y los horrores— de la obra volteriana.

JOSE ANDRES VAZQUEZ